

DISCURSOS

Palabras del Doctor Jaime A. Viñas Román, Rector de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, en el acto de apertura de la semana del Centenario de Pedro Henríquez Ureña. Auditorio UNPHU, Junio 25 de 1984.

Señoras y Señores:

La ocasión que esta tarde nos reúne tiene una singular trascendencia para la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña. Llegamos a ella tras meses de afanosa expectativa y preparación. Cuando comenzaba el año que corre, mirábamos deslizarse los días hacia la cumbre del 29 de junio que tenemos ya tan cercano, con la emoción de estarnos dirigiendo al clímax de una aventura compartida de imponderable atracción.

Era que, ver acercarse la fecha centenaria de Pedro Henríquez Ureña, constituía para nosotros, los de la UNPHU, algo así como una invitación a hacer una pausa de reflexión y de regocijo particularmente nuestra. A los cien años del nacimiento del gran dominicano por quien hoy se inquieta la intelectualidad americana, en inusitado movimiento de celebración, de estudio y análisis, y de admirado homenaje; decir que nuestra Universidad ha querido adherirse al ambiente de solemne conmemoración que se ha gestado a lo ancho y largo de nuestro medio mundo americano sería expresarlo muy pálidamente. Cuando, tras nuestra iniciativa original de invitar a todos a conmemorar el Centenario de Don Pedro, veíamos crecer el ingente catálogo de actos de toda índole en memoria de su figura y de su obra, los que habíamos escogido el nombre ilustre

del hijo de Salomé Ureña para significar la identidad y las metas de nuestra institución, nos sentíamos particularmente obligados.

Es que no fue por un azar el que la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña recibiera tal nombre. Escogerlo fue como comprometernos a un programa de vida y de acción. El hombre que, peregrino de América por toda su vida, llegó a ser ciudadano de ella en el más pleno sentido, sufriendo por ella y soñando para ella la utopía de una tierra grande y unidad, nos trazó la ruta para una institución de educación superior donde la adhesión a los más genuinos valores humanos de nuestra tradición nos diera la fuerza y seguridad para encaminarnos al desconocido futuro con ánimo para transformarlo en lo mejor de aquel sueño.

Por esa razón, acercarnos a la fecha centenaria de Pedro Henríquez Ureña constituyó, día por día de los pasados meses, algo así como una celebración de familia. Conforme recibíamos noticias, casi cotidianamente, sobre los numerosos eventos de conmemoración que se preparaban en cada país de Norte y Sur de América, experimentábamos una indefinible sensación de justo orgullo, porque no nos parece que pueda ser injusto gloriarse de que sea grato al mundo, a la vez que admirable, lo que a nosotros mismos nos dió razón de ser, precisamente por ser extraordinariamente valioso.

Hoy hemos llegado al momento en el cual nos toca abrir oficialmente esta Semana Centenario de Pedro Henríquez Ureña. Como sucede en las grandes fiestas de familia, hemos querido tener entre nosotros a algunas personas que, de diversas maneras, han estado vinculadas a la vida y a la obra del gran dominicano. Nos parecía así tenerle a él presente, con una presencia en la cual los aspectos más relevantes de su trayectoria humana estuvieran representados.

Es así como quisimos, ante todo, llamar a estar entre nosotros a sus dos hijas, continuación directa y vital de su persona preclara. Por lo menos hemos tenido la dicha y el privilegio de poder recibir la visita de su primogénita Natacha, quien ha volado desde México a un emotivo encuentro con la

tierra buena donde su ilustre progenitor inició hace cien años tan brillantemente recorridos.

Discípulos muy cercanos y favorecidos por el interés y dedicación del gran Maestro, así como analista distinguidos de su polifacética obra intelectual, tenemos entre nosotros al Presidente de la Academia Mexicana de la Lengua Doctor José Luis Martínez, uno de los estudiosos de Pedro Henríquez Ureña que con más profundidad han escrutado el legado literario de Don Pedro; poeta tan conocido y admirado de los dominicanos y de Hispanoamérica, el chileno Don Alberto Baeza Flores.

El programa preparado por la UNPHU para los cinco días intensos que hoy se inician, ha querido incluir oportunidades diversas de encuentro y de reflexión. En el día de hoy en particular, la inauguración oficial de la Cátedra Pedro Henríquez Ureña en la UNPHU ha de ser por sí misma un hito de trascendencia. Esta cátedra, que por primera vez se erige esta tarde, a cargo del distinguido discípulo de Don Pedro, el Dr. José Luis Martínez, comienza hoy mismo a ser una institución, pues cada año se abrirá al público en estas mismas fechas, como un foro de altura para la presentación de los más diversos aspectos incluidos en las Ciencias Humanas.

Actos de gran solemnidad tal como la entrega de Títulos Honoríficos a nuestros ilustres visitantes y conferencias especiales en torno al significado de este Centenario serán otros hitos de importancia en estos días, así como la identificación oficial de la casa natal de Don Pedro en una vieja esquina de nuestra ciudad colonial. La edición centenaria del Libro Jubilar de Pedro Henríquez Ureña será otro de los frutos de estos días y recuerdo de nuestra admiración americana, ya sobre la cumbre de los cien años de una vida singular.

Signo obvio de todo este esfuerzo conmemorativo de la UNPHU a la memoria de Don Pedro es la muestra museográfica que tenemos ante la vista en el recinto de este Auditorio de la Universidad, producto cualificado de nuestra museógrafa Lcda. Reyna Alfau y que, mediante una paciente labor de investigación, nos ha traído las imágenes más representativas sobre la vida tan plena de Henríquez Ureña. Mucho me

complace invitar a todos los presentes a examinarla detenidamente, en la seguridad de que puede, por sí misma, ser una útil orientación sobre la vida del hombre que hoy ha logrado reunirnos aquí, cien años después de su nacimiento.

De la UNPHU ya hemos dicho antes que esperamos poder ser, como institución dentro de nuestra sociedad, el homenaje vivo más real a la memoria de Don Pedro. Pasados ya los días de esta semana de celebraciones, lo que queremos es que nuestro quehacer cotidiano, creador y preservador de cultura, llegue a ser el mejor signo de nuestra admiración. Porque la celebración de un día, y aún de una semana, es algo pasajero. No es precisamente en un día específico cuando merece Pedro Henríquez Ureña ser homenajeado y admirado. Es en el esfuerzo continuo de cada día y de cada hora, estudiando su pensamiento y tratando de poner en práctica sus principios, como queremos llegar a ser homaje vivo y activo de su obra gigante y de su recuerdo. En otras palabras, haremos que el mejor monumento a Pedro Henríquez Ureña sea nuestra acción formadora, investigadora y de servicio en medio de nuestra sociedad dominicana e irradiando hasta el ámbito de América, conforme al legado cultural y humanista del hijo de Salomé Ureña y de nuestra primada ciudad.

Ese fue nuestro compromiso al nacer como Universidad. Es nuestro compromiso al arribar al centenario de Don Pedro, en la presencia de quienes le conocieron de cerca y llevan en su mirada interior su imagen inolvidable e inspiradora.

En el Centenario de Pedro Henríquez Ureña, los dominicanos nos felicitamos, y creo que con justicia, a la vez que abrimos la mirada y los brazos a todos los pueblos de América que en este día compiten orgullosamente en la noble contienda de honrarle y recordarle. ¡Grande sin duda es la tierra que logra producir tales frutos! Por eso podemos tener esperanza en su futuro. Sobre todo, si no olvidamos que de todos nosotros depende.

Muchas Gracias.